

Parasomnia

La mochila desparramada arriba del ropero, en una esquina, parece un gato durmiendo. Con las patitas delanteras que le cuelgan.

Debe ser que extraño a mi gata que se quedó en Buenos Aires.

Tengo las manos entrelazadas sobre el pecho.

Mi abuela materna dormía así.

Siempre me llamó la atención, y ahora hago lo mismo.

Cada vez me parezco más a ella. Las manos, la espalda, el pelo. Los huesos grandotes que se notan tanto.

¿De la otra abuela tengo algo? No, me parece que no.

O tal vez sí, alguna palabra que usaba y que me gustaba copiarle, como por ejemplo "propicio".

Una vez estaba de visita en casa, se puso a barrer, juntó algo del suelo, no me acuerdo qué, y me dijo "Me parece que este no es un lugar muy propicio para esto".

No recuerdo qué era lo que estaba tan fuera de lugar.

Ese término me encantó, y cuando tuve edad de decir "propicio" "por la vida y que todos me entendieran, lo incorporé a mi vocabulario.

Ahora que lo pienso, de ella tengo también eso de ser feliz cuando me voy a dormir.

Antes de entrelazar las manos como un muerto pienso "Ay, qué lindo tener sábanas limpiitas, y una cama, y..." Cosas que decía ella a la hora de acostarse.

La abuela que dormía como un muerto, cocinaba horrible. Me parece que a ella también le copié eso.

"Te hice una tortilla de papas, pero no tiene huevos, porque no había". Hasta el día de hoy nos seguimos preguntando con mi hermano qué concepto de tortilla habrá tenido.

Pero tejía y bordaba como un hada.

Olía a limpio.

Mi madre, hoy me pide por favor que cuando sea más mayor, no la deje oler a vieja. Que si tiene olor a vieja le avise. Ya tomé el compromiso.

Creo que con mi hija voy a pactarlo también.

Mi amor, al otro lado de la cama está roncando.

Cuento ovejas negras, tienen la cara de mi papá. Me da risa y un poco de culpa, así que cuento blancas, con la cara de mi mamá.

Me perdí.

La ventana está abierta.

El semáforo de peatones de la bocacalle se puso en rojo.

Ahora en verde.

Ahora titila.

Se ve hermoso ese pasaje en la pared del cuarto a oscuras. Pero si quiero filmar con la cámara del móvil no se ve nada. No voy a filmar con flash. ¿Se filma con flash?

Dicho sea de paso si tomo el teléfono ahora, me voy a desvelar más. En todos los grupos pro salud te dicen que nunca hagas eso en mitad de la noche.

Vamos, pequeño saltamontes, no te distraigas.

Me cae algo como una pelusa en la frente, ¿será una pulga? ¿Una araña bebé? Si mañana amanezco con la cara hinchada fue eso. Ojalá no se me cierre la glotis.

Hoy hice una postura invertida en la clase de yoga, por eso me molesta la glotis, no por la araña.

Desarmo el lazo de las manos, ahí están otra vez las abuelas.

Las quise mucho a las dos. Las quiero, post mortem.

Pero que tonta soy, lloro.

Tal vez si lloro un poco más, me da sueño.

De chica me pasaba eso. Me hinchaba de llorar, me brotaba la cara, y me dormía.

La vecina tiró de la cadena.

¿No es que de noche si vas al baño no hay que tirar de la cadena para no despertar a los vecinos?

Entrelazo las manos otra vez y solas van al pecho.

Mi abuela se debe estar riendo.

No quiero pensar más en muertos. Aunque sean todos buena gente mis muertos, no quiero.

Voy a pensar en los vivos, pero para eso tal vez tenga que ponerme de costado.

A ver.

Bien, funciona, ahí va.

Mariano ya no ronca.

La mochila del ropero ya no es la gata, es mochila.

Me levantaría a acomodarla, a enderezarla, a guardarla.

Y ya que estoy podría bajar la persiana para no ver la luz de videoclip del semáforo de peatones.

Pero este no es un momento muy propicio para hacer eso.